

til sería insistir sobre lo vergonzoso y culpable que es el temor servil (1).

Temor mundano es el que se concibe por la pérdida de los bienes del mundo, riquezas, dignidades, honores y otros semejantes (2); el cual, aunque en sí mismo es inocente, cesa de serlo cuando nos arrastra al pecado por evitar la pérdida de las ventajas temporales. La historia está llena de las crueldades, cobardías, bajezas, traiciones, envenenamientos, asesinatos, conciencias vendidas y crímenes de todo género que el temor mundano ha hecho cometer.

Faraon ve que se multiplican los hijos de Israel, teme por su reino, y ordena la matanza de todos los recién nacidos de los Hebreos. Jeroboan, rey de Israel, teme que las

eundum servilitatem ei annexam. Servilitas autem timoris in eo consistit quod non propter Deum, neque propter seipsum in ordine ad Deum, sed contra Deum, ut malum pœnæ evadat; operatur quod charitas reprobatur. In hoc enim quis dicitur esse servus, qui non causa sui operatur, sed quasi ab extrinseco motus. *Vigier*, cap. 13, p. 8, v. 1.

1. Conviene aclarar más este punto, tan delicado como importante por lo que se roza con la Confesion. El temor servil consiste sustancialmente en el temor de la pena. Pero se distinguen dos clases, el temor *simplemente servil* y el *servilmente servil*. Con el primero de tal modo se teme la pena, que se detesta el pecado; es por consiguiente, contricion; la cual, aun siendo imperfecta, si va unida con la confianza en la misericordia divina y con la resolucion de hacer las demás cosas necesarias, dispone al hombre para que se le perdonen los pecados en el sacramento de la Penitencia. Con el otro temor que se llama *servilmente servil*, de tal modo se teme la pena, que queda la voluntad de pecar si no hubiera castigo; no es, pues, detestacion, ni dolor del pecado, no es contricion. El primero produce el cambio de la voluntad de mala en buena: el segundo, no. Véase Perrone, *Præl. Theol., tract. de Pœnit.* cap. II.

(Nota del Traductor).

2. Timor mundanus est quo quis timet temporalia amittere, ut divitias, dignitates, et hujusmodi. *S. Anton.*, p. IV, tit. XIV, cap. II.

diez tribus si van á adorar al verdadero Dios en Jerusalem, se aparten de su cetro; las arrastra, pues, á la idolatría, y los hijos de Abraham tendrán que postrarse, bajo pena de muerte, ante los becerros de oro desde Dan hasta Bersabé. Herodes sabe por los magos el nacimiento del Rey de los Judíos: el temor de perder su corona lo induce á degollar á todos los niños de Belen y sus cercanías. En el tiempo de la Pasion, los sumos sacerdotes tienen miedo á los Romanos, y por no perder sus dignidades, su fortuna y su poder, decretan la muerte del Hijo de Dios. Pilatos reconoce y proclama la inocencia del Señor y hasta resiste al furor de los Judíos. Pero Pilatos teme perder la amistad del César y con ella el empleo: hace, pues, traicion á su conciencia y entrega la sangre del Justo.

No hay un reino, ni antiguo, ni moderno, que no presente algunas ni aun muchas de estas iniquidades públicas, de estas ilustres ignominias, hijas del temor mundano. Y si descendemos á un órden menos elevado, ¿quién será capaz de contar las adulaciones vergonzosas, las abdicaciones de conciencia y de carácter, las intrigas culpables, las injusticias, las crucifixiones de la verdad, las afecciones hipócritas de los menguados Pilatos y de los Giezi codiciosos y cubiertos de lepra, siempre tan numerosos en épocas como la nuestra, en que todo se vende porque se compra todo (1)?

Descendamos todavía y preguntemos á esas muchedumbres de jóvenes, hombres y aún mujeres, ¿por qué vuelven la espalda á la religion y abandonan hasta sus más sagrados deberes, como la frecuencia de sacramentos y la santificación del domingo? ¿Por qué sonrien á las palabras, se

1. Omnes cupidi, omnes avari, Giezi lepram cum divitiis suis posident, et male quæsita mercede, non tam patrimonii facultatem quam thesaurum criminum congregaverunt æterno cruciatu et brevi fructu. *S. Ambr.*, apud *S. Anton.*, tit. XIV, c. II.

conforman con las modas y se someten á los usos que su conciencia reprueba? No hay uno de esos tráfugas, que no tenga que confesarse esclavo del respeto humano, esto es, del temor mundano.

El temor carnal es el temor de las incomodidades corporales, de las enfermedades y la muerte. Este temor, contentándose dentro de ciertos límites, no tiene nada de reprehensible: hácese culpable, cuando por evitar los males del cuerpo, nos arrastra á sacrificar por el pecado los bienes del alma (1). Nada es más culpable, nada más degradante, nada más comun que el temor carnal tomado en el mal sentido.

Nada [más culpable. El salvador es atado, llevado á la casa de Caifás y entregado sin proteccion á los tratamientos indignos de la soldadesca.—Tú eres discípulo de ese hombre, le dicen á Pedro los criados del sumo sacerdote. A estas palabras, el temor carnal se apodera de Pedro, teme para sí la suerte de su maestro: y Pedro se hace renegado, renegado público, blasfemo y perjuro. . . . ¡Cuántos Pedros se han visto en el trascurso de los siglos!

Nada más degradante. En la boca del esclavo del temor carnal tienen su verdadero lugar las palabras del profeta: "Miedo de muerte cayó sobre mí: temor y temblor vinieron sobre mí; y cubriéronme las tinieblas (2)." La vista de los suplicios y aun de los instrumentos del suplicio, el miedo del dolor, la aprehension de la muerte, hacen perder el juicio. En este estado, las denegaciones, las protestas, los juramentos, las promesas, nada hay tan indigno que no esté

1. Timor dicitur carnalis quo scilicet quis ita timet incommoda carnis vel etiam mortem ipsam, quod Deum offendit mortaliter contra aliquod præceptorum faciendo, vel venialiter præter præcepta agendo. *S. Anton., ubi supra.* c. III.

2. Ps. LIV, 5-6.

dispuesto á hacer y que no haga el esclavo del temor carnal. Por salvar lo menos, sacrifica lo más: por evitar penas pasajeras, se hace reo de las eternas: por preservar el cuerpo, entrega su alma, y así pierde el uno y la otra.

Nada más comun. Hasta en los casos ordinarios de enfermedades y dolencias, ¿de qué no es capaz el esclavo del temor carnal? ¿No se le ha visto y se le ve todos los dias recurrir á medios vergonzosos é ilícitos, sea para provenir molestias corporales, sea para recobrar una salud que el dueño soberano de la vida tiene á bien no concedérsela completa? ¿Qué son, hoy más que nunca, todas esas adoraciones de la carne, toda esa molicie de las costumbres y de la educacion, toda esa cobardía en presencia del deber, todo ese horror á la pena y la mortificacion, todo ese refinamiento anticristiano de lujo y bienestar, todas esas consultas médicas de *mediums* mas que sospechosos? Los frutos del temor carnal.

El primer beneficio del don de temor de Dios es libranos de estas vergonzosas tiranías. El temor servil con el egoismo que lo inspira, con las desconfianzas y los sombríos terrores que lo acompañan, desaparece ante el temor filial. El que posee este último, encontrando dentro de sí mismo el testimonio de que es hijo de Dios, teme á Dios como un hijo teme á su padre. Su temor va siempre acompañado de confianza y amor. Este doble sentido no le abandona jamás, ni siquiera cuando ha cometido faltas; es entónces el pródiigo que vuelve á su padre.

En cuanto al temor mundano y al carnal, no ejercen sobre él su ilegítimo imperio. El temor filial los domina, los absorbe ó enteramente los hecha fuera. Nada teme, nada siente, nada deplora más que una cosa, el pecado. Y este lo teme, lo siente y lo deplora, no por interés egoista, sino

por amor de Dios y por respeto á su Majestad. La conclusion es, que para ser hombre de carácter é independiente, se necesita ser cristiano temeroso de Dios y solo de Dios. En otros términos, la verdadera fórmula de la libertad y dignidad del hombre está en aquel conocido verso:

Temo á Dios, querido Abner, y no tengo otro temor

¿Se quiere comprender, desde el punto de vista puramente humano, la necesidad y las ventajas del don de temor de Dios? Basta recordar que el hombre, sea como fuere, no puede vivir sin temor. Si no teme á Dios, teme á la criatura; pues bien, todo hombre que teme á la criatura, es un esclavo. Su libertad, su dignidad, su conciencia son de aquel á quien teme; y fuera de Dios, el que es temido de otros no puede ménos de ser un tirano.

He ahí lo que debería comprender y no comprende el que tiene la pretension de hacerse libre sacudiendo el yugo de Dios. He ahí lo que nuestro siglo debiera comprender y no comprende. Para conquistar la libertad, tiene fiebre de revoluciones. Estas se multiplican, y cada una de ellas le remacha más fuertemente las cadenas de la esclavitud al cuello y en las manos. Esta esclavitud será más y más dura, más y más vergonzosa, más y más general, á medida que el mundo comprende ménos, que el don de temor de Dios es el principio de la libertad moral y que la libertad moral es madre de todas las demás. Donde está el Espíritu Santo, allí está la libertad, *ubi Spiritus Domini, ibi libertas*, y no está más que allí.

El segundo beneficio del Espíritu de temor es armarnos contra el espíritu de orgullo (1).

1. Per donum timoris Domini Spiritus Sanctus superbiam ab homine expellit, et Deum humiliter introducit. *S. Bonav., De septem., donis, &c.*—Donum enim timoris expellit superbiam,

Si el Espíritu Santo tiene siete dones, santificadores del hombre y del mundo, el demonio tiene tambien sus siete dones, con los que corrompe al mundo y al hombre. Cada don de Satanás es la negacion ó la destruccion de un don paralelo del Espíritu Santo, y tomados en su conjunto los dones satánicos, forman la oposicion adecuada de la economía de nuestra deificacion. De aquí resulta, que la guerra sin tregua de estos espíritus contrarios es toda la vida de la humanidad.

Asistamos un instante á esta guerra, cuyo objeto somos nosotros.

El primer don que el Espíritu Santo nos comunica es el temor. ¿Qué hace el don de temor? Ante todo, nos hace pequeños debajo de la mano poderosa de Dios. Del sentimiento íntimo de nuestra nada y de nuestra culpabilidad brota la humildad. Esta virtud, madre y guardiana de todas las virtudes, *mater custosque virtutum*, produce á su vez la desconfianza de nosotros mismos, de nuestro juicio, de nuestra voluntad; la vigilancia de nuestro corazon y nuestros sentidos; el fervor en nuestras relaciones con Dios; la modestia, mansedumbre é indulgencia respecto al prójimo; todas esas disposiciones, hijas del don de temor, son el cimiento del edificio, que vienen á concluir sobreponiéndose los otros dones del Espíritu Santo (1).

Por donde aparece evidente, que constituyéndonos el espíritu de temor dentro de la verdad, debia sernos comunicado el primero, y que la primera enseñanza que saliera

quia timor facit hominem humiliari ei quem timet. S. Anton., t. X, c. 1.

1. Horum donorum primus est timor Dei, veluti aliorum quoddam fundamentum: hanc namque Spiritus Sanctus in campo mentis supponit aliaque in suo ordine veluti in ædificationem superimponit. *S. Anselm., De Similitud., c. cxxx.*

de la boca del Redentor, debía de ser la de la humildad (1).

En virtud del antagonismo perpétuo que tantas veces hemos señalado, no es ménos evidente, que la primera gota de virus, que el demonio destilará en las almas, será lo contrario de la humildad, el *orgullo*. ¿Por qué? Porque el demonio es el padre de la mentira, y el orgullo es la mentira.

¿Qué hace el orgullo? Nos saca de lo verdadero y nos constituye en lo falso. Falso respecto á nosotros mismos; no somos nada, y el orgullo nos persuade de que somos algo; nos infla, nos levanta, nos inspira preferencias injustas y nos llena de confianza y complacencia en nosotros mismos.

Falso en lo tocante á Dios y al prójimo. Cuanto más el orgullo nos exalta á nuestros propios ojos, más debilita en nosotros el sentimiento de nuestras necesidades y el conocimiento de nuestros deberes. Para el orgulloso se acabó la oracion seria, se acabó la vigilancia severa y sostenida, se acabó de pedir ó aceptar consejos: lleno de sí mismo, lo sabe todo, lo ha visto todo y se basta en todo: él y siempre él. Presumido, con aire de Juez, altanero, bajo con el fuerte, déspota con el débil, egoísta, pendenciero, cruel, disputador, fastidioso para todos é ingobernable, viene á ser la prueba viviente de aquella verdad: que *el orgullo es la deformacion más radical de la naturaleza humana* (2).

1. *Matth.*, v. 3, et 11, 29.

2. *Fili*, sine consilio nihil facias et post factum non poenitebit. *Eccli.*, xxx, 24.—Qui autem confidit in cogitationibus suis, impie agit. *Prov.*, xii, 2.—Novit justus jumentorum suorum animas; viscera autem impiorum crudelia. *Prov.*, xii, 10.—Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est audit consilia. *Prov.*, xii, 15.—Filius sapiens doctrina Patris; qui autem illusor est, non audit cum arguitur. *Prov.*, xiii, 1.—Inter superbo semper jurgia

Esta deformacion conduce á la disolucion de todos los lazos sociales y origina la *religion del desprecio*, negacion adecuada de la *religion del respeto*. El adepto de esta religion satánica lo desprecia todo, á Dios, sus mandamientos, sus promesas y sus amenazas; á la Iglesia, su palabra, sus derechos y sus ministros; á sus padres, su autoridad, su ternura, sus canas; desprecia, en fin, el alma, el cuerpo y todas las criaturas. Usa y abusa de la vida, como si fuese propietario de ella y propietario irresponsable. Tal era la religion del mundo pagano; tal vuelve á ser inevitablemente la del mundo actual, á medida que pierde el don de temor de Dios. Religion del respeto ó religion del desprecio; no hay medio.

Sin embargo, está escrito que la humillacion sigue al orgullo como la sombra al cuerpo (1). Humillacion intelectual, el falso juicio, el error, la ilusion. Humillacion moral, la impureza con todas sus vergüenzas. Humillacion pública: Aman espira sobre un madero de cincuenta codos de alto: Nabucodonosor se ve trasformado en bestia. Humillacion social: la antigüedad pagana pasa todo el tiempo de su existencia forcejando entre el despotismo y la anarquía. Humillacion religiosa: el mundo y el hombre pagano yacen inevitablemente postrados á los piés de ídolos inmundos y crueles. Y bien, librar á la humanidad de semejantes ignominias ¿no es nada? ¿Quién la libra? El don de temor de Dios. ¿Habremos, pues, de preguntar si es necesario, especialmente en nuestros dias?

sunt, qui autem regunt omnia cum consilio reguntur sapientia *Id.*, xiii, 10.—Odibilis coram Deo est et hominibus superbia. *Eccli.*, x, 7.

1. Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia. *Prov.*, xi, 2.